

# Héctor A. Murena

## EL PECADO ORIGINAL DE AMÉRICA

### Observaciones para la segunda edición

Varios lustros han pasado desde que las metáforas, razones u obsesiones –llámeselas como se desee– contenidas en estas páginas empezaron a perseguirme. Más de dos, desde que aparecieron en forma de libro. Y sin embargo este libro no deja de perturbarme. El fenómeno me parece explicable cuando pienso que, después de todo, el libro trata de la particular situación histórica y geográfica que me fue dada –junto con muchos otros– para librar esa ambigua batalla que se conoce como vida o destino. Y más claro me resulta todo si considero que, por ser americano de primera generación, el estupor inicial de abrir los ojos ante un panorama ajeno a mi sangre no deja de repetirse día tras día. América es una presencia en mí en la medida en que soy americano, pero acaso aun más en la medida en que no lo soy.

Una de las perplejidades de tipo agudo se me produjo en ocasión de mi primer viaje a Europa. Desde el momento mismo en que pisé tierra europea me había asaltado el recuerdo de este libro. ¿Qué sentido tenía? Recordaba mi insistir en la *diferencia total* de América y, a medida que veía ciudades y gentes, me invadía la desazón, más: la vergüenza. Me encontraba entonces frente al principal de los términos de comparación que me habían servido para fijar y reclamar esa diferencia de América, una diferencia casi totalmente potencial, pero que debía hallar un día su expresión formal. ¿Y qué era esa diferencia, en términos rigurosos? ¿Se trataba de una diferencia o de una inferioridad? ¿No sería quizás una diferencia por la inferioridad? Estas y otras preguntas, peores, me seguían, articuladas a veces o si no pesadamente confusas. La turbación alcanzó su punto máximo en Florencia. Una tarde, sentado en la Plaza de la Signoria, aplastado por el espíritu del lugar, mi mundo cedió. Ante lo que estaba contemplando ¿qué significaba esa diferencia, que ya sonaba con tono ridículo? ¿No era acaso la plenitud de lo humano –en su sabida o no reverencia a los poderes divinos– la meta de todo hombre? Y esa plenitud ¿no se hallaba ante mis ojos lograda en forma insuperable? Esa plaza, como símbolo de un mundo en el que lo humano había encontrado ocasión para cumplirse en forma absoluta y en todas sus variadas capacidades

¿no era un mandato para que callase lo caótico, informe y quizás también frustrado? Insistir en la diferencia, en que debíamos ser diferentes, ¿no era apartarse de la meta misma de lo humano?

Fue de semejante nadir de donde salió la respuesta a esa perplejidad que sin duda yacía en mí desde mucho antes del viaje. Y la respuesta decía que América buscaba también la plenitud de lo humano, pero que para cumplirla mediante sí debía en un primer paso apartarse de lo ya cumplido por otros. Debía descender al fondo de sí con movimientos que significaban en principio una negación de lo occidental. Y no sólo de lo occidental, sino de todas las formas en que se hubiese plasmado la plenitud. América debía descender a lo informe, a sus zonas abismales: únicamente cuando pareciera hallarse en pleno extravío se encontraría cerca de su camino. Porque aunque lo que los americanos buscábamos fuera igual que lo que ya habían logrado otros, debíamos buscarlo a través de la diferencia. Sólo separándonos de los demás llegaríamos a donde los demás estaban. Tal paradoja, que rige en toda vida creadora, se aplicaba con entero rigor al caso de América. Aunque necesitase de todos los ejemplos, no podía permitirse la adopción de nada que no hubiese creado por sí. Resultaba innecesario aclarar que no había en ello ninguna cuestión de vanidad o soberbia: se trataba de una cuestión de vida o muerte. Porque ninguno nada mediante los movimientos de otro y quien supone que lo hace está en realidad cumpliendo los espasmos de la agonía en el fondo del mar. En la medida en que América imitara, las criaturas que la habitasen estarían condenadas a llevar una existencia mortecina. Eso era lo que el espíritu de este libro había querido señalar en su búsqueda de la diferencia americana. Y el hecho de que la asunción de la propia existencia estuviese en el caso de América condicionada a un rechazo consciente y voluntario, a un rechazo de características monstruosas –en lugar de producirse en forma espontánea, como hubiese ocurrido en caso de que el nacimiento “oficial” del continente hubiera acaecido en un lapso históricamente menos saturado, menos poseído–, esa necesidad de insistir en lo diferente, era ya un claro índice del carácter *pecaminoso* que graba la existencia americana.

Pero ¿no era ese particular punto de vista una mera consecuencia de que su autor perteneciese por nacimiento a la Argentina, la zona más “europea” de América? ¿No era esa voluntad de diferenciarse una manifestación invertida del mismo impulso que había llevado por lo común a esa zona a identificarse con lo europeo? Y, en consecuencia, ¿no se trataba el de este libro de un punto de vista discutible acaso en su aplicación a la Argentina, pero del todo arbitrario si se pretendía extender su validez al resto de América? Esta objeción me fue formulada no una sino muchas veces. Reconozco que también esta observación hizo nacer interrogantes en mí. Se me decía que yo no contaba con un conocimiento general de América como para forjar una

hipótesis sobre ella, y se subrayaba la circunstancia de que la mayor parte de los ejemplos y casos a los que me refería en mi texto eran argentinos. Y era así: mi conocimiento físico de América en la época de escribir este libro se hallaba limitado a muy pocos países y, en efecto, la realidad concreta en que me había basado era principalmente la argentina. Yo no dejaba de estar convencido de que, por ser mi país parte de América, en el supuesto de que hubiera logrado una visión válida para él, tal visión, superando la superficial capa de los detalles, debía encerrar elementos válidos para la totalidad de América. Pero los términos materiales de las objeciones que se me formulaban seguían en pie. Y yo, a pesar de no perder la persuasión, razonablemente dudaba.

Tales objeciones afirmaban implícita o explícitamente que la Argentina era distinta del resto de América. Las razones por las que se afirmaba esto eran en determinados casos las que en este país había predominado siempre un estilo de vida europeo en todos los sentidos, desde la arquitectura hasta la vestimenta, la comida, etc., y que tal estilo se veía confirmado y sostenido por un relativo orden político y un crecimiento en la riqueza, también excepcionales en América Latina. Sin embargo, la razón que con más frecuencia se esgrimía para hacer de la Argentina un caso aparte era la de que no había aquí una proporción significativa de indios o negros, no había mestizaje.

Estilo europeo y carencia de mestizaje: las dos características señaladas eran en apariencia ciertas, incluso habían servido durante largo tiempo para alimentar la jactancia de los argentinos. Pero sólo en apariencia eran ciertas. Pues sin duda se habían construido en estas latitudes ciudades de aspecto europeo, en las que habitaban gentes de modales europeos, pero, tanto las ciudades como las gentes se apoyaban sobre la inestable arena americana, cuyos fantasmas trabajaban permanentemente esas estructuras y las almas de sus constructores les infundían la inestabilidad del suelo. Así se produjo el colapso argentino, que es un enigma sólo para los que creyeron en la apariencia europea del país. En unas décadas, sucesión impresionante de golpes de estado, caos, miseria incipiente: prueba de la índole americana de la Argentina, que se hace patente en sus negatividades por la soberbia de una comunidad que se empeñó en creer en las apariencias, que desatendió así los riesgos de su situación original. Y entre tales apariencias debe incluirse la piel. Porque el mestizaje americano –que en algunos países asume la forma racial– es de orden mental, espiritual. Ese mestizaje surge del enfrentamiento de las criaturas con un ambiente histórico extraño al que les era habitual. Afecta tanto a los indígenas como a los recién llegados de Europa, o Asia: es indiferente el color de la piel, la raza. Por esa razón, por ser el mestizaje americano de orden mental, los problemas americanos suelen darse en la Argentina mucho antes que en los otros países de

América, y a veces hasta con mayor intensidad. Presumiblemente, el estar forzado a utilizar elementos argentinos para sustentar mi tesis americana me había ahorrado la perspectiva de confundirme con aspectos fortuitos, transitorios, de los problemas, para darme la posibilidad de considerarlos en sus manifestaciones centrales.

Por lo demás, con el tiempo pude conocer, uno por uno, a la gran mayoría de los países americanos. Me encontré con que, en efecto, se daban en tales países las características diversas de las argentinas sobre las que me habían hablado, y sobre las que había leído. Características sociales: falta, en general, de clase media, predominio de grandes masas indígenas, mestizas o negras en varios países, mayor colorido y gracia en las costumbres, hambre y analfabetismo en grado extremo en ciertos casos, convivencia de varias lenguas en una misma comunidad, etc. Esto en cuanto a la superficie social. Pero ocurre que mi libro no encerraba preocupaciones de orden social más que en forma secundaria. Mi libro buscaba apuntar a las razones metafísicas que yacen tras de la superficie social y que determinan a ésta.

Y tales causas metafísicas, por denominarlas así en la forma más precisa, tenían tanta vigencia en los restantes países como la tenían en el mío. La principal de esas causas metafísicas –tras la cual, como lo insinuaba claramente el título de este libro, yace un misterio, o sea una pulsación religiosa– consiste en que en todos los pueblos americanos se ha producido una fractura histórica sin precedentes, una fractura a partir de la cual la historia en el sentido tradicional de continuidad –no de mera sucesión de hechos– parece no haber recommenzado más.

Así, los viajes me sirvieron para confirmar en cierta medida mi antigua sospecha respecto a la inutilidad de los viajes. Pues pude observar que la ruptura histórica que no cesaba de latir perturbadoramente –más o menos oculta, nunca desaparecida, como el origen que era– en el conglomerado argentino que formaban emigrantes que llegaron a América abandonando su pasado europeo, esa misma ruptura afectaba a los pueblos con alta proporción de indígenas precolombinos –aztecas, incas, etc.–, cuyo pasado había sido herido en forma radical por la irrupción de los conquistadores europeos. Y este fenómeno que constituye el máximo común denominador de los países americanos carece de precedentes. Pues, si bien en lo que respecta a los indígenas americanos, existen en la historia mundial muchos ejemplos similares de pueblos cuya forma de vida fue sustituida de un día para otro por la de los conquistadores extranjeros de los que habían sido víctimas, es preciso sin embargo subrayar el carácter único de la emigración a América. Las migraciones en Europa, Asia y África fueron cumplidas por pueblos que en el momento de la marcha mantuvieron sus jefes, su religión, su ganado, su lengua: todas sus posesiones materiales y espirituales. Por el

contrario, el hombre que vino a América lo hizo abandonándolo todo: dejando en la mayoría de los casos no sólo la propia comunidad y los propios dioses, sino también la familia y la lengua. A ello debe añadirse el hecho de que, por provenir en general de las regiones europeas más míseras, estos seres pasaron en un día de pueblos cuya vida se había detenido en el siglo XI o XII a ciudades cuyo aspecto por lo menos era típico del siglo XIX. El resultado fue que venir a América consistió en la insólita experiencia de pasar en realidad de un planeta a otro.

De semejante trauma –el primer epifenómeno del misterio de que nos haya tocado nacer aquí– no nos hemos recuperado. A partir de este trauma el americano se ha encerrado en sí, desnudo a pesar de todos los títulos, poderes y riquezas con los que pretende cubrirse, en guardia contra el ámbito extraño que componen según los casos los extranjeros o los nativos: así, no se ha logrado formar comunidades, sino sólo conglomerados, bancos coralíferos de hombres. En estos conglomerados de criaturas sin nada espiritual en común, la inseguridad profunda, la conciencia anormalmente aguda de la precariedad, son corrosivos que suscitan todo un sistema ético negativo –visible o pronto a aflorar en cualquier momento– cuyos atributos son la avidez desmesurada, la ostentación, las diferencias sociales vertiginosas, el falso refinamiento, la barbarie, el abuso, la ironía, la pasividad, la desconfianza, etc. Quiero anotar aquí que estos epifenómenos de segundo grado de las causas metafísicas fundamentales, si por una parte constituyen síntomas del agudo problema de ser que experimenta América, por otra inducen a buscar soluciones en ese mismo nivel superficial. Se trata de una conocida hipnosis que produce todo mal, mediante la cual impulsa a buscar remedio en lo que es aun peor. Dictaduras de cualquier tendencia, crispaciones nacionalistas o ilusiones internacionalistas, indigenismos, neutralismos o europeísmos son los intentos curativos de índole política o ideológica que se inspiran en ese plano de males periféricos. Por supuesto, como nacen de la percepción de aspectos secundarios de la cuestión americana, tales intentos no sólo no pueden ofrecer ningún paliativo verdadero a esa cuestión central, sino que además contribuyen a aumentar el desorden y obran como agudos tóxicos que, aunque distraigan por un tiempo a las criaturas, a la larga no tardan en revelarse como derroche de preciosas energías. Pero esos falsos remedios implican “filosofías” o concepciones adversas al espíritu de este libro –al que reputan de inepto porque no ofrece soluciones inmediatas, como si tal cosa fuera concebible en el orden del espíritu– y puesto que en muchas circunstancias sus representantes me formularon públicamente esa aversión, también hicieron que volviese a reflexionar sobre mis puntos de vista.

Contemporáneamente se ha producido un fenómeno para el que América, por sus negatividades, no estaba más que demasiado

preparada. Se trata del auge de la interpretación de la realidad por medio de la llamada sociología. No es este el lugar para poner en claro la completa ilusión –o desesperanza– que encierra ese supuesto sistema de conocimiento que se titula científico porque se fundamenta en cifras estadísticas. Me limitaré a señalar que no se puede obtener ningún conocimiento de los hechos humanos mediante sistemas cuantitativos, puesto que lo humano es fundamentalmente cualitativo, y sólo se deja aprehender como cantidad en su aspecto petrificado, muerto, inhumano, de evento que no se repetirá. Y añadiré que, aun en el caso de que lo antedicho no fuese así, el supuesto de la sociología de ser neutral, científica, de dejar hablar a los hechos en bruto, a las cifras desnudas, es un despropósito o una quimera, puesto que no sólo tal neutralidad es imposible –porque ningún hecho existe sin el parcial registro humano y porque el hombre no puede eludir la parcialidad de su registro–, sino que además no se puede iniciar la recolección de las cifras sin una hipótesis previa que ordene tal recolección, con lo cual las cifras son amoldadas a la hipótesis, para constituir el todo una mera conjetura vergonzante. Pero el caso es que este procedimiento llamado sociología se ha adueñado del mundo intelectual americano con la pujanza de quien poseyese llaves del abismo. ¿Y qué nos da? Nos da de nuestros países cuadros de carácter estadístico en los que se exponen unos problemas demográficos, económicos, políticos, etc., según los cuales tales países son comparables e intercambiables con muchos otros del mundo. La sociología nos arrastra así hacia el anonimato existencial. Por lo demás, como las causas de nuestros malestares y graves problemas son consecuencia de nuestra dificultad de ser, la sociología jamás podrá contribuir a su solución real. Pero lo más grave es que, insegura por su usurpación y envidiosa del saber cuyo puesto usurpó, la sociología fulmina con aire absoluto, calificándolo de fantasioso, todo intento de conocimiento que no se someta a sus cánones pretendidamente exactos. Esta condena, que llama al menor esfuerzo, a no pensar, al encumbramiento de la mediocridad, aparte del daño que así causa, veda el camino a la reflexión seria sobre nuestro destino, desalienta respecto a ella y, con su supuesta superioridad, consolida el ambiente espiritualmente más negativo que se haya conocido desde hace largo tiempo.

En tal ámbito, en el que las negatividades dominantes crecen día a día y están lejos de haber alcanzado su cenit, una nueva edición de este libro parece poco oportuna. No lo ignoro. Pero lo cierto es que este libro nunca fue oportuno, ni siquiera en el momento en que apareció por primera vez, a pesar de que las circunstancias eran entonces diversas. Esto me asegura una cierta libertad. Y hago uso de ella como expresión de la esperanza de que el anonimato no prevalecerá. Creo que no prevalecerá a la larga porque la creciente gravedad de los problemas reclamará al fin una apreciación nueva de las fuentes de éstos. Y creo

que ni siquiera en su cenit prevalecerá totalmente: siempre quedarán algunas almas que no se dejen cegar. Semejantes almas querrán reflexionar sobre nuestro origen, único camino para buscar una salud no engañosa: este libro es una palabra, equivocada o no, sobre el origen.

H. A. MURENA  
Febrero de 1965